

bierto con el esmalte los meti en el horno, continuando fuerte el fuego. Pero sobrevino otra desgracia que me hizo penar mucho, y es, que habiéndoseme concluido la leña, me vi precisado á quemar los palos que sostenian las plantas de mi jardín, y despues de quemados estos tuve que quemar las mesas y el piso de la casa para hacer fundirse la segunda composicion. Sentia tal angustia que no la puedo describir, pues estaba yerto y seco á causa del trabajo y del calor del horno; hacia mas de un mes que no me mudaba la camisa. Ademas, para consolarme se burlaban de mí, y hasta los que debian socorrerme iban á decir por la poblacion que estaba quemando las tablas de la casa, y de este modo me hacian perder mi crédito y me juzgaban loco.

«Otros decian que yo trataba de hacer moneda falsa, lo cual me hacia estremecer, é iba por las calles con la cabeza baja como un hombre malvado. Tenia deudos en diferentes sitios y mantenía por lo ordinario dos hijos en casa de sus nodrizas por no poder pagar sus salarios. Nadie me socorria, sino al contrario, se burlaban de mí diciendo: «debe morir de hambre, porque abandona su oficio.» Todas estas cosas llegaban á mis oidos cuando iba por la calle.

«Sin embargo, me quedó todavía alguna esperanza, que me animaba y sostenia, porque las últimas pruebas habian salido bastante bien, y por esto pensaba saber ya bastante para ganar la vida, de lo cual me hallaba aun muy distante, como verás mas adelante, y no te debe molestar que sea un poco largo, pues quiero llamar tu atencion hácia cosas que te podrán servir.

«Luego que hube descansado algun tiempo, con sentimiento porque nadie tenia piedad de mí, dije á mi alma: «¿Por qué estás triste si has encontrado lo que buscabas? Trabaja ahora y avergonzarás á tus detractores.» Pero mi alma podia contestarme: «No tienes nada para proseguir tu tarea, ¿cómo podrás mantener á tu familia y comprar lo necesario para pasar cuatro ó cinco meses que necesitas pasar antes de poder disfrutar de tu felicidad?» Por esto me hallaba en tal tristeza y abatimiento; pero la esperanza me dió algun valor, y habiendo considerado que habria sido demasiado prolijo hacer toda una hornada por mí mismo, para abreviar y ganar tiempo y para hacer aparecer de repente el secreto que habia encontrado del esmalte blanco, tomé un alfarero cualquiera, le ocupé en hacer vasijas segun mi idea, y mientras él hacia esto yo me entretenia con algunas medallas. Mas sucedia una cosa lamentable; porque estaba precisado á mantener á dicho alfarero en un meson, de fiado por no tener medios en mi casa. Despues de trabajar por espacio de seis meses, y cuando hubo que cocer lo hecho, tuve que construir un horno y despedir al alfarero, al que, á falta de dinero, me encontré en la necesidad de darle vestidos míos por su salario.

«Y como no tenia materiales para mi horno, emprendí deshacer el que habia hecho á imitacion del de los vidrieros, para servirme de sus fragmentos. Mas como este horno habia sido tan fuertemente calentado por espacio de seis dias y noches, la cal y el ladrillo se habian liquidado y vitrificado de tal modo, que al deshacerlo me corté los dedos por mil partes y tuve que comer mi potage con los dedos envueltos en trapos. Cuando tuve deshecho el horno empecé el otro, que no construí sin gran trabajo, pues tenia que buscar la cal y la piedra sin auxilio de nadie y sin ningun descanso.

«Despues hice cocer en primera coccion las obras trabajadas, y prestados ó de otros modos encontré materiales para los esmaltes con que habia de cubrirlas. Y entonces empecé un trabajo que pudo costarme caro, pues despues que por espacio de muchos dias estuve preparando y calcinando dicho material, lo molí sin ayuda de nadie en un molino de mano que se necesitaban ordinariamente dos hombres de fuerza para moverlo. El deseo que tenia de llegar á conseguir mi objeto me hacia hacer cosas que habria en otro caso creído imposibles.

«Cuando los colores estuvieron molidos, cubrí con su esmalte todas mis vasijas y medallas; despues, habiéndolo puesto y arreglado todo dentro del horno, empecé á encender fuego, esperando que la hornada me produciria trescientas ó cuatrocientas libras. Continué avivando el fuego hasta que tuve indicio y esperanza de que los esmaltes se habian fundido, y mi hornada iba bien. Al dia siguiente, cuando fui á sacar mi obra, despues de quitar el fuego, mis tristezas y mis dolores se aumentaron tan abundantemente que perdí todo tino. Pues aunque mis esmaltes fueran buenos y mi trabajo tambien bueno, habia ocurrido un accidente que lo habia echado á perder todo; y á fin de que lo precavas te lo diré, y despues te diré otros muchos para que mis pérdidas sean ganancias, para tí. La mezcla de cal y arena con que habia amasado el material de mi horno estaba llena de guijarros que, al sentir la vehemencia del fuego, se rompieron en muchos pedazos, los cuales saltaban contra mi esmalte, que ya se habia liquidado, y se impregnó con aquellos pedazos, y los unió en todas las partes de mis vasijas y medallas, que á no ser por esto habrian quedado bien.

«Quedé tan entristecido como no te puedo describir, y no sin causa, pues mi hornada me costaba mas de ciento veinte escudos. Habia tomado prestada la leña y los materiales, y tambien parte de mis alimentos, esperando pagar á mis acreedores con el dinero procedente de las piezas de aquella hornada, lo que fué causa de que muchos acudieran desde por la mañana cuando empezaba á sacar del horno; así, fué grande mi vergüenza y confusion. Porque todas las piezas estaban sembradas de

trozos pequeños de guijarros, que se habian adherido con tal fuerza al esmalte, que cuando se les pasaban las manos por encima cortaban como navajas de afeitar; y aunque el trabajo habia quedado perdido de aquel modo, algunos querian, sin embargo, comprar lo cocido á bajo precio. Pero como hubiese sido para mí un descrédito, hice pedazos toda la hornada y me acosté lleno de tristeza, pues no tenia medios para mantener á mi familia. No habia para mí en mi casa mas que reconvencciones; en vez de consolarme me dirigian maldiciones; mis vecinos, que se habian enterado de todo, decian que estaba loco, y que habria sacado mas de ocho francos de lo que habia roto. Y todo esto aumentaba mis penas.

«Despues de estar algun tiempo en cama y de considerar que el deber de un hombre que se hubiera caído en un pozo seria tratar de levantarse, me dediqué á hacer algunos dibujos, y por varios medios y con trabajo recobré un poco de dinero: despues me dije á mí mismo que todas mis pérdidas y azares habian pasado, y que no habia ya nada que pudiera impedirme hacer buenas piezas, y me puse como antes á trabajar en el mismo arte.

«Hice que algunos alfareros me construyeran gran número de vasijas, á propósito para en errar dentro de ellas las mias cuando las metia en el horno; la invencion resultó bien y me ha servido hasta hoy. Pero tenia tan poca experiencia que no podia distinguir cuándo cocia poco ó demasiado; cuando lograba evitar un peligro me encontraba con otro en que no habia pensado nunca. Por fin, encontré medio de hacer algunas vasijas de diferentes esmaltes, entremezclados en forma de jaspe; esto me dió para comer por algun tiempo. Pero despues de hacer cierto número de cacharros y de haberlos hecho cocer, mis esmaltes se encontraban tan hermosos los unos y bien fundidos, y los otros tan mal, á causa de que estaban compuestos de diferentes materias, que necesitaban para fundirse diversos grados de calor; el verde de los lagartos estaba quemado antes de que se fundiera el color de las serpientes; el color de las serpientes, tortugas y cangrejos se fundia antes de que el blanco recibiera ningun brillo.

«Todas estas faltas me han causado tanto trabajo y tanta tristeza, que antes de lograr que mis esmaltes se fundieran con un mismo grado de fuego, estuve hasta en las puertas del sepulcro; trabajando en aquellas tareas me encontré con que habia trascendido por mí el espacio de diez años, haciendo tal estrago en mi persona, que no tenia forma ni apariencia de carnes en los brazos ni piernas; mis piernas habian quedado tan iguales de arriba á bajo, que las ligas con que sujetaba mis medias, caian en cuanto andaba algo sobre los talones con los restos de mi calzado. Iba á menudo á pasearme por la pradera de Xaintes, reflexionando sobre mis miserias y disgustos.

En mi misma casa no podia hacer nada que fuese juzgado bueno. Era despreciado por todos, y todos se burlaban de mí. Sin embargo, seguia haciendo algunas vasijas de diferentes colores que me producian para vivir. La esperanza que tenia me hacia proceder en mi tarea con tanto vigor, que muchas veces, para conversar con las personas que iban á verme, hacia esfuerzos por reirme, aunque interiormente estaba muy triste...

«Pasaba todas las noches espuesto á las lluvias y á los vientos, sin tener auxilio ni consuelo sino el de los gallos que cantaban por una parte, y los perros que aullaban por la otra; á veces estallaban vientos y tempestades, que soplaban de tal modo sobre mis hornos, que me veia obligado á dejarlo todo, con pérdida de mi trabajo. Y me sucedió muchas veces que dejándolo todo y yendo enteramente mojado á causa de las lluvias que habian caído sobre mí, me retiraba á acostarme á media noche ó al rayar el dia, sucio como un hombre á quien se hubiera arrastrado por todos los basureros de la poblacion, y andando á tientas y tropezando como un hombre que estuviera borracho, y lleno de tristeza por ver que despues de trabajar tanto se habia perdido mi trabajo. Y al retirarme así, sucio y mojado, encontraba en mi habitacion otra persecucion peor que la primera; ahora me maravillo de no haber sido consumido por la tristeza.»

## V.

Dios y el arte, que quieren ser vencidos, el uno por la paciencia del hombre, el otro por el trabajo, le cedieron al fin, á una edad ya avanzada, la victoria. Su nombre se extendió con sus obras, y el precio de sus libras de tierra esmaltada y de sus esculturas de arcilla volvió á levantar su casa y su familia. La gloria y la fortuna visitaron á un mismo tiempo, aunque tarde, sus hornos. Sus obras, al principio imperfectas, pero en las que se sentia el vigor de un nuevo arte, producto de sí mismo y no de ninguna rutina, adornaron las quintas y los palacios. Paris, á donde Catalina de Médicis habia llamado al genio y á las artes, le atraía como habia atraído á los grandes escultores de aquel siglo, Juan Cousin, German Pilon y Juan Goujon, todos de las familias de Rafael y Miguel Angel. Los grandes le acogieron, los pequeños le envidiaron, el mariscal de Montmorency le protegió: Catalina de Médicis le dió un local para sus hornos en una parte del solar que ocupa hoy el palacio de las Tullerías, é iba á verle trabajar á ejemplo de los príncipes de su familia en Florencia, que vivian en el taller y en familiaridad con los artistas, que

son los príncipes de la naturaleza, del trabajo y del genio.

En aquella época feliz y honrada de su vida fué cuando hizo sus innumerables obras maestras de alfarería en relieves, y de vasijas adornadas con figuras de animales, reptiles, insectos, escarabajos, plantas y flores, que después de haber estado tres siglos sumidas en las catacumbas domésticas de las casas ricas vuelven á salir hoy de ellas á precio de oro, como tesoros de dibujo y de gracia, para ser colocadas en los museos de los palacios y en los aparadores de los hombres opulentos, que ennoblecen la riqueza, haciendo de sus casas los archivos del arte.

Una sala del Louvre está dedicada casi entera á las minuciosas maravillas de Palissy. La cercanía de los lienzos de Rafael y de los mármoles de Miguel Angel no oscurece la gloria del alfarero. El espectador se detiene, atraído por la suavidad y la verdad de los dibujos de las vasijas esculpidas ó de las culebras en relieve, con sus espirales de escamas que hacen crispas los dedos, que atraen por la belleza del colorido y que rechazan por la verdad y exactitud de lo representado. Al lado de la culebra dormida, que descansa su cabeza doblando el cuello sobre los anillos de su cola, se ve al negro cangrejo, que es la araña del agua, extendiendo sus largas sierras como para hincárselas en los escollos ó inerustarse en los costados de la roca. A su lado los pescados argentados, con las bocas abiertas, lanzándose como por resorte á través de los juncos, con un pequeño estremecimiento de su cola, timon de aquella nave viva. La rana, contrayendo sus miembros elásticos, se tiñe de verde para confundirse con las plantas que crecen al lado del arroyo; abre sus grandes ojos, levanta la cabeza y parece pronta á huir para librarse de la culebra. Sobre los costados del artefacto, lagartos con patas extendidas y larga cola sinuosa, como los laberintos de plantas entre que se deslizan, inclinan la cabeza para escuchar el ruido de la yerba ó de los granos de arena. El fondo del agua y de los bordes están tapizados de musgo húmedo ó de anchas hojas de yerbas acuáticas, aplastadas sobre el suelo por el peso de las gotas de rocío, cuya transparencia se refleja sobre su barniz.

Es esto el mundo sub-fluvial de las aguas, sorprendido por la mirada del hombre, separando las hojas, los tallos, los juncos de los pantanos, y trasladado sobre la arcilla; tan exacto en las formas, tan matizado en las esencias, tan brillante de colores, como si una aldeana al lavar su aparador, hubiera sumido una de sus tablas en el lavadero y la hubiera vuelto á sacar llena de arena, de conchas, de restos de yerbas y de animales acuáticos. La red de un pescador vaciada, palpitando y corriendo todavía sobre la arena y trasvasada á la arcilla, esto son las vasijas de Palissy.

A veces esculpe y pinta, en grupos coloreados,

escenas de la historia, de la fábula, de la Biblia ó del Evangelio; á veces escenas sencillas de la vida del campo; la nodriza que da su seno y sonríe al niño, embriagado y regocijado por el manantial vivo de toda la vida; ora la Venus jugando con los Amores, ora una jóven que ha sorprendido la cama de unos perritos y los lleva en su delantal para hacerlos admirar; sus cabecitas admiradas salen por arriba del lienzo, y la madre, tierna, inquieta, muere, siguiendo á sus hijos, los pliegues del vestido de la jóven. Pero esta la mira y tranquiliza con una sonrisa.

Las obras maestras de Palissy, que llegó á ser artista consumado por la contemplación de los grandes cuadros y de los grandes mármoles durante su residencia en París, en tiempo de Catalina de Médicis, adornan los museos de métricos del príncipe Soltikof en París, de Mr. Rothschild en Londres, de Mr. Sauvageot, de Mr. Rallier y de Mr. Selliers, que ha tributado un culto especial á la memoria de aquel gran artista y ha hecho de su casa un museo de sus obras. En el palacio de Mello, propio de Mr. Selliers, es donde se admira la gran taza de los elementos, en que la tierra ha imitado las delicadezas del metal; el combate de los centauros y de los lapitas, monumento único del taller de Palissy; el relieve de Perseo y Andrómaca, el de la muger adúltera, el de la vendimia, y el de los platos festonados de arabescos, cuyos bordes esmaltan y parece que perfuman margaritas en flor, divisa elocuente de algún amor real ó caballeresco inspirado al artista. Es bello ver la pasión desinteresada del arte en los hombres opulentos, y como pagan precios enormes por pedazos de tierra cocida, que conservan únicamente la huella de los dedos de un pobre artesano. El oficio se convierte así en oro, y el oro se convierte en arte, con gloria del hombre de gusto y con provecho para el trabajador; cambio mútuo entre el lujo y el trabajo y la fortuna, que los ennoblece á los dos.

## VI.

Pero aquella gloria, aquel favor de las córtes, aquella popularidad de sus obras en toda la Francia y hasta en España é Italia; aquella fortuna, descanso de su ancianidad y herencia de sus hijos no satisfacían al obrero. Sentía que tenía dentro de sí mismo otra cosa que formar, su alma. Como Sócrates, estatuero en mármol, se esforzaba por tallar en sí mismo su propia estatua, por la semejanza con el divino modelo de toda perfección, por la santidad de su vida, y si era necesario por el martirio. La vida inmortal, á medida que avanzaba en años, le ocupaba más que la vida mortal.

Desde su infancia y durante todo el curso

de su aprendizaje, de sus viages y de sus luchas cuerpo á cuerpo con la tierra, la pasión de Dios le había conducido, sostenido y consolado. Satisfacía esta pasión en la soledad de los bosques, sobre la cima de las montañas y en las playas de los mares. Ella le hacía buscar los sitios desiertos para abismarse más en silencio en la contemplación de las formas y de la vida de las rocas, de la estructura y de la vegetación de las plantas, de la organización y de las costumbres de los animales... En este punto sabe secretos maravillosos para gloria de aquel á quien llama el gran mecánico, el gran constructor, el gran animador de los mundos. Esta contemplación piadosa y apasionada de las cosas de la tierra debía conducir necesariamente á un alma tan completa á la adivinación de las cosas del cielo. Todo verdadero genio sube sin cesar, y subiendo encuentra á Dios.

Palissy creía haberle encontrado y vivía en un perpétuo comercio con el espíritu invisible, único que le daba cuenta de las cosas visibles. En aquella época la reforma, nacida de los abusos introducidos por los Médicis en la Iglesia católica, preludiaba la libertad de pensar, aunque queriendo permanecer fiel al dogma principal del cristianismo, y la fé de autoridad y la fé de raciocinio luchaban con el hierro y el fuego, la una por conservar, la otra por conquistar el mundo de las almas. La familia de los Palissy, y él mismo, eran de la religión reformada, y sufrían las persecuciones de la religión dominante. Hay en el hombre una tiranía natural: cuando no puede tiranizar en nombre de los príncipes, quiere tiranizar en nombre de Dios. No aprende á respetar la libertad ajena sino después de haber sufrido mil veces en la suya. Los predicadores del culto nuevo en las provincias del Mediodía y del Oeste eran tratados como bestias feroces, y adoptaban diferentes disfraces y oficios para ocultar el suyo de cosechadores de almas, espías, aprisionados, encerrados y conducidos de ciudades en ciudades para acabar de ser quemados: preludio siniestro de San Bartolomé.

Rasgos sublimes de fé, de resignación y de esperanza señalaron aquella persecución. Uno, escapado de su prisión la víspera de su suplicio y viendo que no era seguido por sus compañeros de cautiverio, menos diestros que él, volvía á entrar para consolarlos hasta la última hora. Otro, en la madrugada del día de su muerte despertaba á su amigo acostado sobre la misma paja, y mostrándole con la mano una espléndida aurora de esto sobre el horizonte, le decía: «Regocijémonos. Si el espectáculo de la naturaleza y de la luz renaciendo es tan hermoso sobre la tierra, ¿qué será mañana, cuando veremos tantos pabellones eternos?»

Los más afortunados se refugiaban á los escollos y á las islas de las costas de Saintonge, é iban á través de las tempestades y de-

safiando á la muerte, á llevar la palabra evangélica á sus correligionarios.

Palissy, que se alimentaba con sus doctrinas, describe con admiración su celo é intrepidez:

«Aquellos ancianos, dice, no llevaban espada en su cintura, sino un solo bastón sencillito en su mano, é iban así solos y sin temor, según la palabra del maestro: «Anunciareis mi ley al ir, al venir, al comer, al beber, acostados, levantados, sentados al borde de los caminos.» Llevaban su alimento en su camisa, porque había pocos ricos en nuestra congregación y no teníamos con qué pagar su salario.»

«Los pintores, relojeros, dibujantes, carpinteros, libreros, impresores, dice un autor católico de aquel tiempo, y todos los demás que en sus humildes oficios tienen, sin embargo, algún ejercicio de espíritu, fueron los primeros en adoptar las ideas nuevas.»

El alma poética y musical de Palissy estaba muy seducida por la poesía y por el canto de los Salmos que los predicadores enseñaban al pueblo de los campos. «Al escucharlos, dice, me parecía estar paseando á lo largo de las arboledas de hayas y de fresnos, que ocultan el cauce de las aguas de los arroyos y que oía murmurar las aguas del arroyo que corría al pie de las mismas arboledas, y por otra parte oía la voz de los pajaritos que estaban en las ramas, y me acordaba del salmo 104, sobre cuyo plan había dibujado un jardín, y en el que el profeta dice que «los arroyos pasan y murmurán por los valles,» y más adelante que «los pájaros hacen resonar su voz sobre los arbustos plantados en el borde de las aguas corrientes.» Me parecía además oír la voz de muchas vírgenes, que guardaban sus rebaños, y de los pastores, que tocaban melodiosamente sus flautas.»

Pero en seguida describe la persecución religiosa y política que disipa aquellos rebaños. «Me retiré secretamente á mi casa, dice, por no ver las matanzas, las apostasias, los saqueos de las ciudades y campos; pero en dos meses que estuve en ella, creí que el infierno se había desbordado y que todos los demonios habían salido de él para asolar la tierra. Desde mi casa veía á los soldados corriendo por las calles, con la espada desnuda, gritando: «¿En dónde están?...» Hasta los niños se reían en una plaza, que yo veía desde la casa en que trabajaba en mi oficio de alfarero, imitaban las blasfemias, las batallas y las matanzas de los hombres. A veces sentía deseos de tomar venganza; pero recitaba en mi corazón el salmo de misericordia.»

## VII.

Palissy regresó á París huyendo de aquellos espectáculos: su genio le preservó de la

matanza del San Bartolomé, y tal vez también la humildad de su condición y la dulzura de su carácter. Juan Gonjon, el Miguel Ángel de la Francia, mas envidiado porque era mas célebre, fué atacado sobre su cadalso de escultor, trabajando en las cariátides del Louvre; cayó con su cincel en la mano al pie de la estatua á que daba su vida. Las protecciones de la corte salvaron á Palissy; ocupó sus ocios primeramente, y mas adelante su cautividad, en escribir sobre su arte, sobre su alma y su fé, las cosas estrañas en la mano de un obrero, que hemos citado de él. El estilo se engrandecia en él con la experiencia y los años. No reconocemos ninguno en francés mas bíblico y mas moderno al mismo tiempo. Se sienten en él los primeros hervores de un manantial que va á romper: de una lengua que se modela sobre el alma, y no sobre la antigüedad. Los ignorantes son los que crean los idiomas, los sabios no hacen mas que exhumarlos.

El principal libro de Palissy en su edad madura es una coleccion de meditaciones filosóficas, religiosas, artísticas, y sobre todo agrícolas, que titula su *jardin*. Es el Salomon de los obreros, descansando á la luz del sol poniente de su penosa y santa vida, recordando las cosas de la naturaleza, del arte y del alma, que han dejado huella en su imaginación y su corazón mientras ha hecho su peregrinación terrestre. Se conoce en él al trabajador, al fabricante de ladrillos, y al fabricante de sueños; se conoce sobre todo al adorador del Supremo obrero. El amor de la naturaleza le da la inteligencia de la naturaleza, y la inteligencia de la naturaleza le revela las leyes, las fuerzas, las gracias de la creación.

Se imagina que para ponerle al abrigo de las persecuciones y de las guerras civiles de su tiempo, Dios le ha permitido construirse un jardín inaccesible á los ruidos, á los trastornos, á los estragos del mundo, una especie de *Eden*, de que es el *Adán*: sueña que despues de haber dibujado, plantado y sembrado este asilo, da á la sombra de sus vergeles y al borde de sus fuentes lecciones de cultura, de sabiduría, de piedad y de felicidad á los hombres. Se pintaba á sí mismo estas imágenes de felicidad y de reposo dentro de los muros de la Bastilla de París, en la que el mariscal de Montmorency y sus otros protectores del partido opuesto le tenían encerrado para su seguridad y para obligarle á convertirse.

Como el mismo Criador hizo con su obra, Palissy derrama su alma en toda su creación imaginaria, y convida á todos los animales vivientes é inteligentes á la habitación y á la felicidad del hombre. Asocia á ella hasta las plantas, que pinta como susceptibles de cierto grado incompleto de inteligencia y amor.

Sobre las paredes de las cavernas de sus rocas, dice, pensando en los objetos que ha reproducido tantas veces en sus composiciones

de arcilla y esmalte, muchas especies de yerbas y de musgos, y por debajo muchos lagartos é insectos, que recorrerán las rocas, unos hácia arriba, otros á través, otros hácia abajo, haciendo gestos y contorsiones, y todos ellos estarán esculpidos y coloreados con tanta verdad, que los otros insectos, lagartos y culebras naturales, irán muchas veces á admirarlo, como tú sabes que hay un perro esculpido en mi obrador de alfarero, contra el cual se han puesto á ladrar muchos perros creyéndole vivo; y desde la roca saltarán varios arroyos de agua que caen en el estanque, en el que habrá pescados naturales, ranas y tortugas. Y sobre esta gruta, abierta por arriba para que reciba la luz del cielo, plantaré en forma de cornisa, arbustos cuyos frutos sean sustento para los pájaros, para que estos acudan á ellos, y los que paseen por allí tengan el placer de oír las cancioncitas de dichos pájaros. Habrá dos razones para que los pájaros digan sus cancioncitas en aquel sitio. La primera es el sol, que desde la madrugada lanzará sus rayos sobre los arbustos: la segunda es que los pajaritos encontrarán siempre algo que comer sobre las ramas. Para acostumarlos mas á que vayan á mi jardín, esparciré en tiempo de invierno granos sobre la tierra, para que encuentren qué comer cuando la estación haya dejado estériles los árboles.

Y los que se paseen por aquellas galerías, y se apoyen sobre la barandilla para contemplar, tendrán los arbustos y los pajarillos sobre su cabeza; y queriendo ver la hermosura del jardín y lo que en él sucede, percibirán el olor de las violetas, jazmines y otras yerbas abrigadas por las rocas de los frios del Norte y del Oeste. Aquellas montañas, espuestas al Mediodía y al Levante calentadas todo el día por el sol, darán por la noche su calor á las plantas, yerbas y árboles, y sus frutos serán mas sabrosos y de mejor gusto.... Además, las que quieran humedad, serán plantadas á lo largo de los arroyitos, que saldrán de las rocas y montañas, y los arroyitos harán, andando, un arroyo grande; ciertas circulaciones formarán islas propias para alimentar yerbas acuáticas, y para regarlas abriré una hendidura en muchos troncos, que se unirán uno á otro, y presentaré su extremo en las caídas de las rocas, y los sostendré sobre horquillas de madera plantadas en tierra, que conducirán mis canalitos á todos los sitios que se quieran regar. Y para que el pie de los hombres no pisotee y eche á perder las yerbas, entre la roca y las plantas, á que conduciré el agua, mis acueductos de madera estarán llenos de agujeritos, que lloverán como un rocío perpétuo sobre las yerbas.

Despues de una larga y cariñosa descripción de sus montañas, cavernas, rocas, jardines y vergeles; entremezclada con reflexiones maravillosamente piadosas y de éstasis del alma hácia Dios, esclama:

«Al retirarme de los trabajos de esta tierra, no habré encontrado en este mundo otro deleite que el de construir y cultivar mi jardín; así como desde hace mucho tiempo no he hecho mas que soñar en su construcción.... La semana pasada, estando dormido sobre mi lecho, me pareció que mi jardín estaba ya formado como ya he dicho, y que ya empezaba á comer sus frutos; y me parecía que al pasar por la mañana por dicho jardín, contemplaba las maravillosas cosas que el soberano Maestro ha empezado á hacer.»

De aquí Palissy pasa á consideraciones mas sobrenaturales, pero mas verdaderas, sobre las leyes morales de toda la creación, visibles para un genio religioso y filosófico en las leyes físicas de la vegetación y del mundo animal. Da espansion á su caridad hácia los animales, presta su inteligencia á los vegetales, á las mismas rocas, á las fuentes, al Océano; fraterniza en su alma con el alma universal, cuyos actos ve, cuya sensibilidad siente, cuya voz oye en toda la naturaleza.

«Ninguna naturaleza, dice, produce su fruto sin mucho trabajo ó dolores. Lo mismo sucede en las naturalezas vegetativas que en las sensibles y racionales. Si la gallina se pone fiaca para dar vida á sus huevos, si la perra sufre al parir sus hijitos, te aseguro que las plantas sufren al producir sus frutos....

«Estaba en cierta ocasion en las islas del Saintonge, vi una viña mas cargada de frutos que todas las demas; preguntando la causa, me contestaron que estaba cargada á punto de morir. Quise saber lo que esto queria decir, y entonces supe que se le habia dejado mas ramas que de costumbre, porque se la queria arrancar del suelo despues de hacer la cosecha: y que en otro caso no se habria permitido que estuviese tan cargada. Es decir, que si se dejase á las viñas que hiciesen lo que quisieran, se matarían, á causa de la abundancia de los frutos que se esforzarian por producir.... Muchas veces he contemplado árboles y plantas, que se sentían próximos á morir, y antes se apresuraban á florecer y á producir granos y frutos antes del tiempo acostumbrado.... Y ¿que seria si me refiriera á los hombres?»

«Mas adelante, contempla en su jardín «las ramas de las viñas, que parecen en consonancia con su débil naturaleza; pues no pudiendo sostenerse á sí mismas, echan unos como braçitos al aire, en los que se apoyan y suspenden....» «A veces tambien al pasar por los jardines, veía muchas de aquellas ramas que no tenían en donde apoyarse, y lanzaban sus braçitos al aire, pensando que cogen algo en que sostenerse. Entonces iba á tenderles otras ramas para ayudar su debilidad; y habiéndolo hecho así una mañana, encontré por la tarde que las plantas habian entremezclado sus braços con los apoyos. Y maravillado de la Providencia de Dios, recordaba aquella sentencia de que hasta los pájaros van y

vienen, y no caen sin su voluntad.....

«Vi tambien algunos árboles frutales, los cuales parecia que tenían algun conocimiento, porque cuidaban de guardar y proteger á sus frutos, como la muger á su hijo. Entre aquellas plantas, las viñas se habian adherido ciertas hojas, con que cubrian sus frutos, temiendo que el frio los echase á perder. Los rosales y los groseleros, con objeto de defenderse contra los que quisieran arrebatárselos sus flores, habian colocado delante armaduras y espinas. Vi el trigo y otros frutos, á los que el Omnipotente habia dado la ciencia de vestir sus frutos tan bien, que Salomon con toda su sabiduría no estuvo nunca tan bien vestido. Todas estas cosas me daban ocasion para caer de rodillas y adorar al Ser de los seres, que ha hecho estas cosas para utilidad y servicio del hombre.

«La tierra seria bendecida, si el hombre la trabajase.»

El alfarero llega hasta el lirismo, y el cántico del profeta se mezcla con el trabajo de sus manos:

«No hay tesoro igual á las yerbecitas de los campos, aun las mas despreciadas.»

Si la naturaleza, que llamamos inanimada, por ignorancia sin duda ó por debilidad de vista, inspiraba á Palissy tales himnos, juzguese de las impresiones que le causaba la contemplación de los animales, de los campos y de las maravillas de la inteligencia del hombre.

«Cuando salía del jardín, dice, para ir á pasearme al prado, que bajaba por la ladera hasta el rio, veía jugar y retozar á algunos carneros, corderos, ovejas, cabras y cabritos, que saltaban, triscaban y hacian gestos y figuras estrañas; y hasta me parecia tener gran placer en ver á los carneros, que se separaban uno de otro á largo trecho, y despues iban á herirse con los cuernos uno contra otro. Veía tambien cabras, que alzándose sobre las dos patas de atrás, se golpeaban con los cuernos con gran violencia; veía tambien á los pollinitos y á los becerrillos, que jugaban al lado de sus madres... Todas estas cosas me tenían tan contento que esclamaba dentro de mí, que los hombres eran bien locos al despreciar los sitios campestres y el arte de la agricultura, que nuestros antepasados, y hasta los profetas ejercieron por sí mismos, y aun el guardar sus rebaños....»

## VIII.

¡Ah! Palissy estaba dentro de los muros y de los fosos de una prision, separado de su muger por la tumba y de sus hijos por el cautiverio, de los horizontes del Sena por la prision, del trabajo de su oficio por la vejez, de sus hermanos de religion por el martirio,

cuando escribía esto, y se consolaba en su pensamiento de su ruina, de la prision y de su muerte cercana. Aquellas páginas esparcidas, por mucho tiempo dadas al olvido, por fin recogidas, forman dos volúmenes, verdaderos tesoros de sabiduría humana, de piedad divina, de genio eminente, de sencillez, de fuerza y de colorido de estilo. Es imposible, despues de haberlas leído, no proclamar á aquel pobre trabajador en arcilla uno de los mas grandes escritores de la lengua francesa. Montaigne no le escede en libertad, ni J. J. Rousseau en vigor, ni la Fontaine en gracia, ni Bossuet en energia lirica. Sueña, medita, llora, escribe y canta como ellos.

Tocaba entonces á esas últimas horas de la vida, en que la voz del alma toma mas melancolia y solemnidad, como los rumores de la tarde en una naturaleza que va á extinguirse y callar. Su antiguo patrono se compadecia de aquel anciano, próximo á morir en las cadenas, y á cambiar únicamente de sepulcro. El rey Enrique III fué á visitarle á su prision, deseoso de ponerle en libertad, concediéndole perdon á trueque de una ligera condescendencia respecto de su fé.

—Buen hombre, le dijo el rey, hace cuarenta y cinco años que estáis al servicio de mi madre y al mio; hemos sufrido que hayais vivido en vuestra religion entre los fuegos y las matanzas. Ahora estoy tan apremiado por los de los Guisas y por mi pueblo, que me veo obligado á entregaros en manos de mis enemigos, y mañana sereis quemado si no os convertis.

El anciano se inclinó enternecido por la bondad del rey, humillado de su debilidad, pero inalterable en la fé de sus padres.

—Señor, contestó, estoy pronto á dar el resto de mi vida por el honor de Dios. Me habeis dicho muchas veces que os compadeciais de mí, y yo á mi vez os tengo compasion á vos, que habeis pronuniciado estas palabras: ¡Me veo obligado! Eso no es hablar como rey, señor, y son palabras que ni vos, ni los Guisas, ni vuestro pueblo podrán jamás hacerme pronunciar. ¡SE MORIR!

Los cortesanos que acompañaban al rey, en vez de admirarse, se indignaron.

—¡Insolente! exclamaron; parece que ha leído á Séneca, y que parodia las palabras del filósofo: El que sabe morir, no puede ser obligado contra su voluntad.

Enrique III, mejor que su corte, en consideracion de las hermosas obras de Palissy, que adornaban sus palacios, y en memoria de su madre, no consintió en cederle á los Guisas, y dejó á la vejez y á la naturaleza que concluyeran con el condenado. Espiró, mártir voluntario, en los calabozos de la Bastilla, y no recobró su libertad sino con la muerte.

Su gloria pareció por mucho tiempo enterada con él; no fué exhumada del olvido con sus obras hasta el último siglo por Faujas de Saint-Fond, Fontenelle y Buffon, y en este, por

Mr. Cap, que recogió, clasificó y comentó sus obras; y en fin, muy recientemente, por un jóven, cuya alma é imaginacion se apasionaron por semejanza de naturaleza, por el arte, la poesia y el martirio de Palissy, Mr. Alfredo Dumesnil. Le debemos los materiales para la estatua de arcilla del alfarero.

Bernardo de Palissy es el modelo mas perfecto del obrero. Por su ejemplo, mas que por sus obras, ha influido en la civilizacion, y ha merecido un sitio aparte entre los hombres, cuyos nombres han engrandecido á la humanidad. Si hubiese continuado desconocido y rutinario en el tejar de su padre haciendo tejas, si no hubiese nunca purificado, modelado, esmaltado su puñado de barro; si sus grupos sencillos, sus reptiles arrastrándose, sus ranas húmedas, sus traviosos lagartos, sus yerbas y sus musgos empapados en lluvia no hubieran adornado nunca el fondo ó los bordes de los platos, de los saleros, de las vajillas, adornos tan estranos como minuciosos de las mesas y aparadores del siglo XVI, nada seguramente habria faltado al arte de Fidias y de Miguel Angel, á la porcelana de Sevres, de la China, de Florencia ó del Japon, pero habria faltado su vida á la admiracion y á la imitacion del obrero. Es el patriarca del taller, el poeta del trabajo manual de los tiempos nuevos; el alfarero de la Odiesia, de la Biblia, del Evangelio, la parábola hecha hombre para ennoblecer y divinizar toda profesion, aun la mas trivial, siempre que tenga al trabajo por mérito, al progreso y al arte por modelo, á Dios por fin.

## IX.

Tal fué Palissy. Hijo de sus propias obras, siente un genio en el extremo de sus dedos; no desprecia la tierra que rueda bajo sus pies; no mira con desden la vil materia, que su condicion ha puesto en sus manos, estudia por purificarla y ennoblecerla, impregnándola en su alma; recorre el pais con su paleta en la mano; ganando su vida honradamente de horno en horno, y cuando su profesion no tiene ya nada que enseñarle, va á las soledades á interrogar al maestro de los maestros, la naturaleza, robándole sus misterios; concibe hácia ella amor y entusiasmo, á fuerza de contemplarla; la iguala en sus formas, en sus colores, en sus juegos; traslada la hoja, la yerba, la mosca, el reptil, el insecto, el arroyo, el rocío, la humedad, la frescura, el barniz de la luz á un pedazo de tierra: buscando la perfeccion del arte, que se oculta siempre para ser descubierta, y que se niega para ser arrebatada, encuentra la miseria, la incredulidad y la burla de sus contemporáneos; se obstina, se encarniza, quema su casa para dar alimento á su último

horno; violenta al genio de la invencion, manifiesta la locura de la esperanza, el heroismo del trabajo; es recompensado, triunfa, se ilustra y enriquece á sus hijos. Pero estas recompensas terrestres, de que da gracias á la Providencia, no son nada para él; el obrero está satisfecho, el hombre no lo está; tiene sed de la belleza y de la gloria eternas. Lo que ha descubierto de mas precioso en sus contemplaciones solitarias de la naturaleza, no es su arte, sino Dios, fin y objeto de todo arte perfecto. Escribe en sus ocios sus maravillosas contemplaciones; da expansion á su inteligencia en los cánticos, obras de su piedad, mil veces mas que sus vasijas, obra y juego de sus manos. Su alma se inspira sin estudio y sin idioma, en un santo entusiasmo. Abraza con fé filial el culto entonces perseguido de sus hermanos, da su juventud por su oficio, da su casa por su vejez, su libertad, su vida por su Dios; se lanza desde su calabozo al cielo sobre las alas de la santa esperanza; deja en pos de sí obras

maestras, sin duda fútiles, que parecen á los edificios de arcilla, de arena ó de concha, que los niños dejan olvidados en el sitio en que han jugado con otros niños de su edad; pero deja elocuentes lecciones de inmortales ejemplos de trabajo, de paciencia, de lucha con los obstáculos, de victoria sobre la materia, de elevacion dulce, de piedad y de virtud á los artesanos de todos los oficios. Su vida quiere decir trabajo, sus obras invenciones, su muerte martirio. Su libro es el catecismo, no solo del oficio de alfarero, sino del oficio mas sublime de bien decir, de bien obrar, de bien vivir; su nombre es el patrono de los oficios trabajosos, obstinados y vencedores. Palissy conquista así legitimamente en la oscuridad un puesto entre los grandes hombres.

Algunos dirán: «Pero no manejó mas que arcilla.»

¿Qué importa? La grandeza no está en el oficio, sino en el carácter. Si este hombre es pequeño, ¿quién es grande?